

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.

PERIÓDICO SEMANÁL DE BELLAS LETRAS.

PRECIOS DE SUSCRICION.

PARA ESPAÑA.		PARA EL EXTRANJERO.		PARA AMÉRICA.		PARA FILIPINAS.	
Tres meses.	10 rs.	Tres meses.	24 rs.	Tres meses.	30 rs.	Tres meses.	40 rs.
Seis meses.	18	Seis meses.	40	Seis meses.	50	Seis meses.	64
Un año.	28	Un año.	76	Un año.	90	Un año.	112

NÚM. 10.

Domingo 3 de Mayo de 1868.

UN REAL.

SECCION 1.^a

EL INGENIOSO HIDALGO

D. QUIJOTE DE LA MANCHA.

TERCERA PARTE.

CAPÍTULO VI.

— Ahora, continuó Don Quijote, no me espanto del espanto de aquel caballero que dejó allí vencido; y apuntaré para siempre en mi memoria el gran camino real de sus señorías para todas las cosas de la tierra, no menos que la fundacion de la nueva Universidad Architoletana, que há de ser primada de por fuerza.

— No es universidad, sino seminário, dijo el señor Arcediáno gravemente.

— Y éso apuntaré asibien, dijo Don Quijote, puesto que rodado viene así el apunte, y dado que no se vieron en mis días mas grados en el mundo que los universitários, y tan ótras se hallan yá las grádas del respetable témplo de Minerva.

Y porque conozca su reveréncia quién fué el vencedor de esta aventura; y porque conozco la sorpresa de su reveréncia, digo, que yó soy Don Quijote de la Mancha, aquél inmortal, jamás vencido Caballero que llena con su nombre los clarines eternos de la fama; y quédanme relieves de mucha gana de remitir y enviár á su mercéd á mi señora Dulcinéa, á dárla cuenta y razon de este vencimiento; mas lo dejó á la voluntad de su señoría, y para despues que esté graduado.

— ¿Pues, Don Quijote és verdadero ser de carne y huéso? dijo el señor Arcediáno. ¿Y el buen caballero há tenido el atrevimiento de resucitar en estos días?

— Y dió la mas frondosa carcajada.

— Bien puede alegrarse y amenudo el señor reverendísimo, dijo el caballero, cuanto quisiere y gustare, pues que nunca ha de faltarle un Don Quijote.—Y, conociendo el Arcediáno que no debia prolongar mas su conversacion con aquel loco, picó á su cabalgadura, y partió de aquel lugar así como el viento.

Mientras ésto pasaba, estaban moliéndose á puñadas y cóces el labriego y Sáncho del más gracioso modo que se há visto. Y, era todo, que el escudero así que vió en el suelo á su adversário, comenzó á desnudarle santamente con ánimo de llevarse cuanto el derribado llevaba. Defendíase valientemente el castellano, logrando, empero, él ótro la ventaja; mas así que llegó Sancho á topar la bolsa de los dineros, fué tal el esfuerzo heróico del serrano, que se agarró con todas sus fuerzas á las barbas del escudero con cólera é intencion de perro de presa; y á haber sido aquel asunto un poco mas largo, Sáncho no hubiera mas menester barbero en toda su vida.

— ¿Qué es todo ésto? dijo Don Quijote al llegar al sitio de la contienda.

— Pues este pecador, contestó Sancho, que niega los despojos de la batalla, y no ha de salir con la súya, mal que le pèse.

— Ni éntro ni sálgo, dijo Don Quijote: es asunto que te tóca y pertenece, puesto que tú iniciaste la contienda. Yó dejé ésto en suspenso, tú lo tomaste, y no me es lícito mezclarme en armas de escuderos, ni menos mermar un átomo de tu glória. Yó, rey de armas de este campo, sóy pronto á juzgar en toda justicia. Yo contaré los tájos y revéses, quites, fónos, entradas y salidas, sin quitarle á ninguno su merecido, y daré á uno y ótro su derecho; mas, no me propasaré de mi prudencia.

— Con ésa manta yá yó contaba, dijo Sancho; y aquí no háy bárdas de por médio.



— Pero háilas más áltas que de corraliza, dijo Don Quijote, en las léyes y precéptos de la caballería; y pensar en traspasarlas es excusado. Y creíste, Sancho, poco lo que te ofrezco, por que no te diste, ignorante, á meditarlo; que de otro modo pusiéraslo sobre las estrellas. Y lo de no traspasar esta mi ordenanza no menos vále; pues que nunca debes anteponer arlequín ni contrabando de parentesco á lo que te exige la justicia; y si otra cosa hiciéres serás infame, sobre labrar tu ruína y tu desprécio. Tal debe ser la abnegacion de los hombres grandes sobre la gran miséria del nepotismo.

— Déjeme, pues, las barbas, hermano, dijo al aldeano Sáncho, levantándose del suélo, y váyase de Dios bendito, que júro por éllas no volver á verme en ótra; y yó me estudiaré, tan pronto como pudiére, hasta una docena de filosofías que me hagan salir airoso cuando y quiera que fuése menester: puesto que desnudo nací y desnudo me hálo; y hoy por ti y mañana por mí; y donde se buscan tocinos no háy ni estacas, y arrieros somos todos en el mundo.

— Y fuése el paleta como pudo, y Sáncho recobró el rúcio, y diéronse priésa caballero y escudero á alcanzar ál de los cárros, que gran ventaja llevaba de camino, y convencimiento de la locura de Don Quijote. El cuál, después de buen rato, dijo.

— Ocúrreme, Sancho, en esta aventura duda grave; y siéndo tál, se me hace necesáριο acudir á tu buen juicio y experiéncia. Creyéras, por ventura, que el gran Alifanfarrón trocöse en clérigo?

— Ni éntro ni sálgo en éso, dijo Sancho; por ser cosa que á caballeros sólo pertenece; y su mercéd fué sin duda vencedor de ésta gran hazaña, como conocer se deja en lo que de élla hemos sacado.

— Yá te comprendo, dijo Don Quijote; y véo que nada se te indigesta en el estómago. Pero, dejado ésto á un lado, quiéro que sépas, que él que se mostró clérigo en este lance, no es sinó tremendo encantado mágo. Y el sér tan gruésio señor, con ser tan jóven, estribaba y consistía en venir dúple, triple y aun cuádruple, encogido y plegado como pálo de navío, con lo que su móle temiblemente se aumentaba. Y sinó, vuélve, Sancho, la cabeza, y lé verás yá prolongado, estirado y de enorme altura, tal cual ciprés enhiesto en campo llano.

— Y como á la sazón compusiesen á buena distáncia de aquel sitio un palo de telégrafo, sobre él cuál estaba colocado gran róllo de alhámbré, y vários trabajadores anduviesen por la vía, añadió el celebrado caballero:

— Pues, no pondrás en duda, Sáncho, el turbantazo que lleva el estirado mago en la cabeza, ni la muchedumbre de enanos que en

tórno súyo, hormiguéa, táles que han menester escalera para sólo alcanzar al pecho del gigante y decirle así al oído lo que les plázca, que él ha de ser tan sórdo como tápia. Así que estoy ahora por deshacer lo andado, y darle á Alifanfarrón su merecido.

— Váyase en buena hora su mercéd, y óbre en ley buena, como suéle y sábe, dijo Sancho; que yó he de contar desde aquí los tájos, reverses y cuchilladas de la liza, sin propasarme á dar sentencia mala desde el seguro lugar en que me encuéntró; y no he de torcer ni inclinar la vára de la justicia; que no es poco, si bien se mide y considera.

— Tambien te entiéndo ahora, dijo Don Quijote; y el no seguir tu dictamen és porque razon mayor á la menor máta, y aquí me aguardan sucesos de mas monta. Pues, ¿no ves ese gran Castillo que delante de esa montaña se presenta? ¿No le ves cuan hermoso y arrogante aún levanta su frente magestuósa? Pues, es una soberbia fortaleza de feudál, antiquísimo señorio; y ése largo cuénto de pesados carruages es, sin duda, el portador de luéngos dones que tribúta anualmente esta comárca.

Y verás como á nuestra llegada se hacen lénguas las campanas de esa villa que en la falda se asienta poderosa, y los villanos á recibirnos salen tódos, pues que tódos són siérvos del Castillo, que aún osado, invencible, desafía la furibunda saña de los siglos.

Si en él venturoso entráres, ¡oh por mi gran Sancho Panza! será por aquella puente levadiza, que sopórtan, disponen ó inutilizan cuando quiéren, aquellos dos grandes cábríos, forrados de duro acero y brónce, en que hierendo lúcientes del sol los ráyos, forman copiosas fuéntes de vivo fuégo.

Si tu clase y condicion desde allí divisaren las perennales guárdias del recinto, despues de resonar marcial y agudo el clarín del combate y de la victória, salir há en tu recibimiento la gente deparada para la guárda; la cuál leerá en tu rico escudo el emblema de tu casa y gerarquía: y, si, por acaso, es noche oscura, retorcerá rechinando su codo de hiérro la barra deparada para éso en la mas álta de las almenas del Castillo, mostrando al punto su ardiente y llameante braserilla, segun que lo aprendimos de las astutas gentes de la Arábía.

En ésto resonarán adentro los tímpanos, atambores y atabales, con tal cual añafil ó lililie, y el enano hará doblar sobre sus góznes las quejumbrosas y ferradas puertas; y oirse hán en el ácto los incesantes, orgullosos relinchos de las próximas caballerizas; y se correrá el metálico rastrillo, y aparecerá ante tus ójos admirados un cuadrado patio, en columnas de mármol sustentado con su pozo de abasteci-

miento en su céntrico preciso. Y los azores, milanos, neblies y gerifaltes gritarán batiendo sus córvas y pesadas alas sobre las pérchas clavadas en las paredes, en que con cadenillas les mantiene la destreza y temor del halconero para la bulliciosa montería.

Y asomarse há á la galería segunda del espacioso pátio un páge de córte y sala, que acude á avisar á los maceros, heraldos y maestro de ceremonias, éntre los cráneos, ástas, esqueletos y piéles de los ósos, ciérvos y jaba-líes mas celebrados de la comarca, que aparecen enclavados por las paredes.

Y subirás por la escalera áncha y espaciosa de un ángulo del pátio, labrada en mármol griego, y el Señor de la fortaleza con su rica gala y acompañamiento bajará en tu busca por ánte las inmóviles centinelas que guárdan los alfeizáres de las ventanas. Y conducirte hán á la sala de armas, donde se ostentan, todo alrededor las aceradas cótas, las lucientes costosas armaduras, el penacho bláncó, azul y rójo del féudo de este vâlle, los broqueles, escudos y los cáscos, adornados de óro, plata y brónce, mudos elocuentísimos testigos de las pasadas glórias castellanas.

Y, posarás, en fin, en ñudoso, negro escaño, forrado en terciopelo con divisas, cábe aquel primoroso hogar brillante, y bájo la techumbre artesonada, de inacabables giros y remates, de lá que pénden bellas inscripciones, mótes bordados, lémas distinguidos y orientales doradas tapicerías.

— ¡Así Dios válga á su mercéd, dijo Sancho, como me tenia ya ahogado y pendiente de sus palabras, y á lás que no veía fin ni cábo! ¿Con qué, segun éso, vuesa mercéd yá ha estado despacio y muy pomposo alguna vez en ése Castellazo, y habrá tratado su mercéd al castellano muy á su sabor y máno á máno?

— No háy tal, dijo Don Quijote, que tan manchego soy como tú te sábes; pero, todo ló véo de la manera misma que ló hé referido, y no ha de faltar un ápice de lo contado.

— ¡Para mi santigüada! dijo Sancho. ¡Y ése sí que es ver y vista más que de lince, y no se yó como en tanta aventura salimos malparados!

— ¡Ahí verás! Sáncho, dijo Don Quijote; pues el álma, queriendo, puede ver muy más que todo éso; y el salir alguna vez el hombre chasqueádo, está en que el espíritu ver puede como debe; pero, al pasar por la materia corrupta, que es el cuérpo, fálta amenudo, y mucho, la máno de óbra, y así es fácil hallar hombres que tomáste por gánsos. «*Spiritus promptus est, caro, autem, infirma.*»

— Yá sé ló que dice ese latin, interrumpió Sancho: «que el *tuáuten* está caro, y sin él el espíritu se enferma». Cosa que me pareció bien

y vémos cada día. ¡Y que bien asienta un latínico, habiéndole á mano!

— Sonrióse Don Quijote de la traduccion de Sancho, y prosiguió:

— Pues, á todo éso es menester que añadas ahora la fuerza y el poder del encantamento, que es úna de las más crudas y asadas cosas que se ven en la redondéz de todo el mundo. Y sinó, dime: ¿cómo comprendes tú, que Aníbal, vencedor de los romanos, y triunfante y vencedor de todo obstáculo, despues que hubo alcanzado cuanto quíso, en vez de entrar en Roma se váya á Cápuá?

— ¡Cuando á Roma se vá por todo! dijo Sáncho.

— ¿Ni cómo puedes entender, ni áun imaginar siquiera, que los monarcas quieran y pretendan ser violinistas, y fúnden en éllo toda su glória, como le sucedió á Nerón, él cuál desafiaba á Vindex en el público teatro?

— Y, aún fuéa mucho peór, dijo Sáncho, si se lés antojára el tamborón, de que tiene su mercéd conocimiento.

— No me has de hablar más de ese instrumento, Sancho, te ruego por vida mía, por ser de bulto y condicion insoportables: pero, dejado ésto aparte, habrás de juzgar como yó, que no hay modo de entender como háy quien sude y trasude mares de águá para alcanzar simplezas tales como són, lucir un tálle ridículo, ostentar un peinado, hacerse el primer lugar en toda tontería y capricho y llevarse la mápa del más pintiparado; ló cuál no puede ser menos sinó óbra de puro encantamento; pues de otra suérte y modo jamás se explica.

— Digo que es así, contestó Sáncho; y que háy mucho que decir de la sabiduría de lós que se llaman sábios; y que donde menos se piénsa mucho háy que añadir y más que quitar, y que ánda el diábulo en Cantillana. Y Dios me éche á aquellas partes donde mejor le sirva, que es lo primero; y aún háy sol en las bardas, y al buen pagador no duelen préndas.

— Alcanzaron Don Quijote y Sancho al señor Castellanos en este instante, y sucedió despues ló que refiere el capítulo siguiente.

CAPÍTULO VII.

De una porción de menudencias tocantes á esta história, que són cuénto de nunca acabar; y del fundamental y segundo discurso que pronunció Don Quijote sobre el busilis de las armas y de las létras.

Cuénta el Bachiller valisoletano avellanado, que quiso la suérte que al entrar Don Quijote en la aldéa de Don Juan de Castellanos, estuviesen cási todos los vecinos de élla tomando el sol, como suélen, en el pórtico, átrio, ingreso, ó cosa parecida, de cierto establecimiento

colocado á la entrada del pueblecico, y que lanzase á la sazón á la calle sus revoltosos y jamás callados alumnos una escuela; y que tocase á las ánimas el sacristán por sér ya el mediodía, y saliese la señora Clara con sus cántaros á recibir á su esposo Don Juan; y que los chicos comenzasen á encamarse en las carretas, y á gritar á la estemporánea y acecinada estampa de Don Quijote, y á subirse sobre el rúcio de Sancho, con lo que éste creyó verdadero de pé á pá cuanto le habia dicho el Caballero. Él cuál en cuanto divisó á la señora Clara (que era una hembra amojamada, de moño de figura de ocho y de tan larga y baja nariz y pendenciera que estaba en quimera siémpre con la barba, y aún con todo ló viviente), echose al suélo con la celeridad del ráyo, y puésto de finojos ánte élla, dijo.

— «Non me he de mover de este lugar, hermosa señora, sin que sepades la malhadada vuesa cuita, y el fiero triste fin del vuesto enamorado afincamiento; cá yó, el más inexorable caballero, non he de poder acorremos, señora, mal que me pése, en la vuesa malandanza, interin, durante y miéntra que sea en este mundo la sin par Dulcinéa del Toboso.

Bien se me alcanza y lembra, por los menesteres que traéis, que condenada soís, como las fijas de Dánao, á llenar de águá las tinajas del averno por mistérios profundos del destino; mas ló mismo fuéa que de lágrimas las llenáredes pues non soy en sazón de remediaros».

— La señora Clara, que cuándo menos era vieja, tomó con tal placer y en tal grácia los requiebros y quebradas y rotas frases de Don Quijote, que comenzó á reír á tan grandes carcajadas, que no podia moverse de su sitio; mas, cuando El de la Mancha levantó su antifáz y mostró aquella su pálida y grave faz y trasnochada en las lóbregas entrañas de Atapuerca, su tristísima catadura y amorosos extremos, fué tanta la impresión que recibió la aldeana, que falta de fuérzas por la risa, vino á caer sentada, aunque no ló quiso.

— Nin por ésas, ni aún por ótras, doliente y desmayada señora, dijo Don Quijote, habréis de descomponer mi propósito aferrado; ni aún cuando la vida se ós acabase en éstos mis brazos, con todo mi pesar y dolor mio!

— Y ésto hizo que el pueblo todo, acudiese y se arremolinase admirado alrededor de Don Quijote, que marchaba á pié y grave, dando grácias con la cabeza y los ojos, casi humedecidos, á las voces de los chicos y griteria de los grandes; de modo que casi aquéllo parecia cosa real y verdadera de las que pasan en muy solemnes ocasiones. Y condugeron á Don Quijote á la casa del señor Alcalde, persona, aunque campestre, acomodada, liberal y muy a-

manente de extraordinários sucesos. Separando, pues, este señor piadoso la multitud que por todas partes se agolpaba, hospedó al caballero en un piso bajo y empedrado, ámplio, gris y muy alegre por todas sus partes, segun por todas éllas se reía, con mil bocas abiertas, que era delicia; el cual aposento estaba vecino del portalón, y á piso llano, así como el gran recinto de la cuadra.

No permitió Don Quijote que nadie le acompañase al su complicado menester de desnudarse, despues de tantos años vestido y armado; y miéntras que Sancho cuidaba de las béstias, en envidiable amistad con el mozo de la paja y la cebada, quitose el caballero la armadura, que ordenadamente colocó sobre una mesa, y vino á quedarse en jubon de armár, de camuza amarilla, todo bisunto en la mugre y orin de tan ancianas armas. Acomodose del mejor modo posible una valona, más andada que doncella compasiva, y un bonete carmesí, segun por entre sus ruinas podia adivinarse; y comenzó á paseár arriba y abajo, hasta que entró Sancho, y explicose de este modo:

— Agora si que veo, señor de mi ánima, como es grande y provechosa la profesion invicta de las armas, y no hay temer escederse en alabarla; ¡Cocina camachina yá tenemos, mi señor Don Quijote, sin que ésto tenga mas remedio sinó arremeter con élla y acabarla; que así es el vencer en buena liza á nuestros perdurables enemigos! ¡Móntas y que destrozos que amenazan!

— No es éso, dijo Don Quijote tristemente.

Al número siguiente.

SECCION 2.ª

ROMANCES ESPAÑOLES.

SÁNCHO EL FUÉRTE DE NAVARRA.

X.

Lúcha tenáz.

Don Sancho está en su aposento
Sin aliento ni color,
Que es guerra entre todas fiéra
La guerra de la pasión;
Y dice aquestas palabras
Que brotan con el hervór
De su pecho fuego todo;
¿Qué es aquesto? ¡Vive Dios!
¿Menosprécios son ó celos,
O perdióse la razón?
¿Qué es ésto que yá no encuentro
Ni restos de mi valór
Y quieró salirme fuera
De mí mismo en vano yó?
¿Por qué del mar de la vida
Al bajél doble timon
Bramando viento furioso
Sobre piélago feróz
Pues la cabeza uno quiere
Y ótro quiere el corazón

Y nó háy quien límite ponga
Al combate de los dós?
¿Por qué el placer siémpre en frente
Del deber en lucha atróz?
¿Por qué dos hombres en uno,
Cerberos de maldición?

Rey Don Sancho de Navarra,
¿Quién, pardiéz, os coronó
Que no os dió sobre vós mismo
Un cétro de mas valor?

¿Y por qué tierra no crías
Séres de otra condición
Si han de ser de todos reyes
Y de sí, que es lo peór?

Pedazos se me hace el alma
Y el cuerpo se me hace dós,
Uno rey y ótro vasallo,
Uno moro, ótro español.

Monarca fué destronado
El hombre deque cayó,
Y el cétro que la han dejado
Es del reino del dolor.

De recuerdos sólo vive,
Pretérito de ilusión,
Presente de horrible lucha,
Futuro que dá pavor.....

Mas, pardiéz, voy repitiendo
Ló que me dictas, pasión,
Y quien sólo de ti fía
No tiene perdón de Dios.

¿Afuera! misero engaño
Que buscas conversaci3n,
Que si á tantos has vencido
Al Rey Don Sancho éso nó.

Si deberes dióme el cielo
Esfuérzo me dió mayor,
Y voluntad siémpre libre
Y, ánte todo, protecci3n.

Y él que cae es porque quiere,
Y el vencido es un traidor
Que se pása al enemigo
Con las armas y el pend3n.

Y si batalla no hubiéra
Tampoco triunfara yó,
Que la corona es el premio
Del que vence con valor.

¿Aluéra! nécias disculpas
De nuestra afeminaci3n,
Que si el hombre el Rey caído
Satanás mas se cayó,

Y, el mundo nó fué criádo
Víctima del vil err3r,
Ni el mal es mas poderoso
Que la justicia de Dios;

Y veremos quién mas fuerte
Llega á ser de ambos á dós,
Si la pasi3n que me abraza
O de mí deber la voz.

XI.

Mal camino.

La noche es clara y serena,
Ya son cerca de las dós,
Y van por el almenado
Gíafar y el Rey con pavor;
Que temen que se oiga el ruido
Y de sus pasos el son,
Y es un alano el alárabe
Y su sueño el del azar.

Por aquí — Gíafar exclama,
Y el Rey le dice — Allá voy
Que trabóse el acicate
En las ramas de albaz3r.
Mala senda, vive el cielo,
Es un trónc3, y no se yó
Como llégue por él sólo
A las rejas del balcón.
Mal camino es el que gasta
En sus antojos amor,

Porque vá descaminado
El ciégo con su pasi3n.

En ésto Gíafar la seña
Dá que siémpre acostumbró,
Y en el algiarín se oye
Un quejido más que voz,
Y un peso que seco cae
Sobre el suelo, y el rumor
De los hierros que se rozan
Al abrirse aquel balcón.

Cubríos — Gíafar exclama,
Y ós ampare el alborn3z,
Que el asunto vá de pérlass.
— Al salir lo diré yó,
Dijo el Rey; que hasta el remate
Háy que ver mucho y atróz,
Y en éso de bien cubrirse
Mas os hace falta á vós.

Y entró el Rey al aposento,
Y el ótro afuera quedó,
La mano al puñal buído
Debajo de un cenad3r.

La mora como un cadáver,
El Rey sin respiraci3n,
Miráronse un rato entrámbos
Y en él ni uno ni ótro habló,
Que tiene elocuencia muda
El sentimiento mayor.

El Rey separa los ojos
Después que bien lo pensó,
Y los fijó sobre el mármol,
Que fué grande precauci3n,
Pues tiene Alcorci en la vista
Hechizo farcinad3r.

Don Sancho, vacío el pecho,
Pues ha dado el corazón,
Siénte que tiémbla y vacila
En crueles ánsias de amor.

La mora gritar intenta,
Y dice el Rey con tes3n:
— A despedirme he venido
Y á nada mas, vive Dios,
Y tenéos en prudencia,
Y no lo pongáis peór,
Que si grito yó el primero
No saldre perdiendo yó.

Alcorci temblando cae
Al lado del ataífor,
Y el Rey en los alfeizares
Del que há juzgado balcón,
Y dice en tono muy bajo
Porque no tiene mas voz:
— Dentro de breves instantes
A España, Alcorci, me voy,
Ni tenráis que jamás vuelva,
Que el Africa me mató,
Y el hombre la muerte huye
Por instinto y por raz3n.

— ¿Y Gíafar?
—; Eso restaba
Que me preguntárais vós!
Pero habré de responderos,
Pues que sóis para mí el sól
Que seca lo que ha enjendrado
Y mata lo que crió.

¿Gíafar para vós.....
—; No existe!
¿Si lo presumía yó!
Y en cuanto que aquí vinisteis
Os conoci la intenci3n.

— Una vez yá en ése caso,
Alcorci, quedad adi3s,
— Alá os guarde, Rey benigno
Del territorio español,
Y un abismo se levante
Insondable entre los dós.
— Es verdad, mas, pues en Africa
Se me quéda el corazón,
Que jamás os trate el hado

De una manera peor
Que el Rey de España Don Sancho
En vuestra tierra os trató.

Adios quedád, que me faltan
El esfuerzo y el valor
Pues á Gíafar amáis.....

—.....Tanto,
Que no háy lenguaje, señor,
Que puede decir un átomo
Del fuego de mi pasión.
—Hablád, Alcorcí, mas bajo,
Que pueden sentir la voz.
¿Y el os amaba?

—.....Imposible;
Pues si se uniera el amor,
No fuera este mundo mundo
Sino edén de bendición.
—Está bien; que no es mentira
Lo que decís; mas, si atroz
Es vuestra pasión ya huérfana,
Y acerbo vuestro dolor,
Podréis ir pensando ahora
Lo que pèno y sufro yo,
Que véo lo que no alcánzo,
Padezco sin curación,
Y un abismo tengo en médio
De mi vida y de mi amor.

¡Ah! si oís en noche plácida
Al morir el arreból
De la embalsamada tarde
Un suspiro en derredór,
Como aliento de las áuras,
Como aroma de la flór,
O de tórtola quejido
Perdido por la extensión
Del yá solitario cámpo
Sin luz, gentes ni color;
O un latido misterioso
Que en la noche os despertó
Cuando soñabais amores
De la mas suave ilusión,
No preguntéis nunca, hermosa,
Cual era la causa, nó,
Que ese tierno sentimiento,
Ese éco del dolor,
Esa voz que hasta vós llega
Es de un Rey que suspiró,
Y que ama sin esperanza!.....
—Amar és, tenéis razón,
Y siento ya más que nunca
Penetrante vuestra voz,
Que en África no háy amores
De tan amable candór.

—Titubéa el Rey entonces
Y le late el corazón
Al oír palabras tales
Tan osado y tan velóz,
Que los piés no le sustentan,
Y tiémbla como un traidór,
Y tiene tantas idéas
En tan loca agitación,
Que, á no sér porque oportuno
En un espejo se vió,
Corriera grave peligro
La real resolución.

Pero cerrando ambas manos,
Frunciendo un gèsto feróz,
Viendo en sí tanta tormenta
Y tanta perturbación,
Y un rayo de luz que alumbra
Su pensamiento mejor,
Dice entre sí con denuedo
En su navarro español:
«¡Rey Don Sancho, Rey Don Sancho,
Os trocásteis, ó soís vós!»
Y ántes que se respondiese,
Alzó la fáz y miró,
Halló á Alcorcí desmayada,
Y diciendo présto—Adiós,

Torció el páso, hizo camino
Y salió por el balcón.
—¿Quién va allá—Gíafar le dijo.
—Fránco páso, que soy yó,
Repuso el Rey, y partieron
Dó hacían falta los dós.

Entónces en otro espejo
Aben-Jucéf observó,
Que entre dos estrellas juntas
Venus, perdido el color,
Rápida desaparecía
Del espácio en la extensión.

XII.

El Rey de vuelta.

—La razón de todo os pido:
—Forzosamente há de sér,
Señor, pues con tanta instancia
Lo exigís y lo queréis.
—Amores, sin duda, fueron.
—Ni fueron ni són á fé;
Causa más formal ha sido
La de este mi procedér.

—En diálogo tal entrambos
Gíafar y Don Sancho el Rey
Caminando van á España
Por los alcóres de Féz.

Atrás se dejan enconos,
Dúdas y ánsias que temér,
Y el corazón hecho trizas
De Jacob Aben-Jucéf.

Fria fué la despedida,
Los resultados no sé;
Mas, nublado queda el cielo
Y todo el terreno aquél,
Abierto en grietas profundas
De la cólera y la sed
Que en Alárcos y en Las Návás
Puso en claro el tiempo bien.

Treinta moros de á caballo,
Que dicen moros de Réy,
Escoltan ál de Navarra,
Y en todos ellos se vé
Que entre ellos y beduínos
Háy bien poco que escogér;
Y por éso el Rey Don Sancho
Prevenido vá y vá bien,
Que quién fia en gentes tales
Fiador mengüado és.

—Con qué fuisteis?
—.....No obligado
Sinó atento á mi debér,
Al Egipto en cuanto supe
Que marchábais vós también.

El país, sabéis conozco,
Porque cruéles años diéz
En cadenas fui de moros,
Y el desierto todo sé
Mejor que los moros mismos;
Pues, huyendo mi arraéz
Del mundo entero me fuera
Por no hallar como volvér.

Engañado han á Don Sancho,
En Navarra dije; y és
Que Don Sancho no conoce
Lo que es la gente de Féz.
Y entónces tomé el partido
De ir tras vós, y rodeé
Porque no me conociéran
La intencion ni el procedér.

—¿Y de Egipto?
—.....A morería
Partí sin saber con quién,
E hicíme peregrino
De la Méca, así llegué
A Marruécos, donde supe
De vós, Señor, lo que sé.
Al punto me dí al objeto

De mi viage, tan bien,
Que más de lo que quería,
Y aún presumía logré.
A Alcorcí dige las cuitas
De mi amor, y vos sabéis
Que tanto las escucharon,
Que mas ya no puede sér.
—¿Tu intencion?
—.....Salvar la honra
De mi pátria y de mi Rey,
Hablaros sólo un instante
Y luego de hablar volver.
—¿Y si nada alcanzas?
—.....Hago
Lo que despacio pensé;
Que yó no vuelvo es seguro,
Mas tampoco vos volvéis.
—¡El traidor!
—.....Dad algun tiempo
Y tenéos hasta vér
La cosas de nuestra España;
Después de llegar hacéd
Lo que os plazca, pues importa
Bien poco que me matéis
En cuanto yó en sálvo os véa,
Que es mi único interés;
Pero soy hermano vuestro
Y os conservo tanta ley,
Que no mancha vuestra sangre
Ningun salvaje de Féz
Mientras que por mis artérias
Caliente corriendo esté.
Después que la saquen fué
Diferente cosa és,
Pues compromisos no tiene
De cumplir con su debér.
—Sois Ramiro, buen hermano,
—Don Sancho, vos sois gran Réy,
A quien llamarán el fuérte
Por sérlo á mas no poder,
Pues sin mí la honra sacásteis
Ilesa, lo sé muy bien.
En mí nada se perdiéra
Y mucho en vos, porque á fé
Si yó os máto, ó si me mátan
Digeran, por nó saber
La causa de tal suceso,
«Un infame moro fué»,
Y por moro me quedará,
Aunque cristiano de léy.
—¡A duro trance llegásteis!
—Por fuerza llegará á él,
Segun la intencion tenia
Y obraba sin timidez;
Mas, vamos, señor, andando
Que aquel monte que se vé
Ya es de España, por ventura.
—¡Bien llegado sea á fé,
Y mal háya quien se fia
De palabras del infiel.

Allí encuentra el Rey Don Sancho
A los navarros, y vé
Cuan á tiempo dá la vuelta
A su pátria, y ellos vén
Con español entusiasmo
La feliz vuelta del Réy.

En regocijos Navarra
Se paso todo aquel mês,
Y terminados qué fuéron,
A un Cast llo Sáncho fué,
Dó encerrado se mantuvo
Toda la vida, á no sér
Cuando le llamó la guerra.
O hubo tan gran por qué
Cuál las Navas, donde supo
Hallar su blasón, que és
Eterna gloria y renombre
Del navarro y tímbre y prez.

SECCION 3.^a

COSTUMBRES, FILOSOFÍA, CRÍTICA.

ORÍGENES DE LA HISTORIA ESPAÑOLA.

Apenas se pobló nuestra Península con las gentes venidas del Asia, aparecen en ella los *geriones* causando mil males y trastornos. Gerión en caldeo vale tanto como extrangero; y en la mitología figura como Rey de la Eritria, provincia primitiva y meridional de la España, fundada sin duda, por los Eritreos ú Omanitas del Asia, que són los habitantes de las costas del Océano desde el Mar Rojo hasta la India.

Los resultados de la invasion de los *geriones* fueron fatales: las alegorías históricas de la antigüedad les describen diciendo, que el Rey Gerión mantenía sus caballos y sus *bueyes* con carne humana. De este modo pintaban la barbarie de tan cruel império.

Y así vivió la nueva Iberia hasta que Hércules líbico, ó, lo que es igual, la civilización africana, llegó á nuestra pátria, por todos tan envidiada. No es necesario advertir que esta civilización es lá del Egipto.

Los que extrañan la venida de los moros, árabes y túrcos á España en el siglo octavo de nuestra era se manifiestan bien poco conocedores de la historia de nuestro país.

Continúa la tradición diciendo. Osiris en estos dias, el inmortal monarca del Egipto, habia paseado ya toda la tierra; y en efecto, es la verdad que la civilización egipcia se extendió por todo el mundo. Las expediciones de Osiris comenzaron por la Etiopia, continuaron por el Asia y terminaron en la Europa. En España aprendieron con este motivo, los habitantes de tan rico suelo el cultivo de la vid, el orden de las sementeras, y el uso del pan; con lo que Osiris fué reverenciado como un Dios.

Osiris, pues, en una sola batalla, dáda en el Estrecho de Gibraltar, acabó con Gerión y todas sus tropas. (Mató la barbarie).

Admirable fué el comportamiento del Emperador egipcio después de tan señalada victoria; pues que dueño ya de Gerión y de sus hijos, no solo no les quitó la vida, como lo hacian entonces los bárbaros conquistadores, sino que les llenó de beneficios. No puede darse una manifestacion mas clara del carácter de la cultura egipcia.

Los *geriones* que quedaron con vida en el interior de la España, sin embargo, fueron ingratos y crueles. Levantaron la voz, que era necesario vengar la muerte de su Rey, y hacerle honras fúnebres con la sangre de sus enemigos. Determinaron, pues, quitar la vida á Osiris (el Egipto), valiéndose de Tiphon, su hermano (los salvajes de la Libia); y se llevó á cabo este plan con horrible secreto. Isis, la Reyna viuda, sepultó el cadaver de su esposo en Abato; isla no lejana de Ménfis, que luego llamaron los griegos *Stigia*; esto és, *tristeza*.

Aquí están ya el origen de la magnífica mitología de Virgilio; y la barbarie africana haciendo la guerra á sangre y fuego á la cultura del Egipto.

Pero supo todos estos acontecimientos espantosos Hóro, hijo de Osiris, que á la sazón gobernaba el norte de la Europa y aun del Asia, con el nombre de Rey, y determinó remediar los males tantos que afligian á su pátria.

Hóro era á la sazón la admiración de todo el órbe, y se le conocia mucho mas con el nombre de Hércules líbico. Las gentes que le veían ejercer tan admirablemente la medicina le veneraban con el nombre de Apolo; los que presenciaban las grandes victorias de sus armas le llamaban Marte: los que conocian su poder y valor para domar fiéras y monstruos, armado con una ferrada maza y vestido con la piel de un león africano, le llamaban el Génio de la fuerza. Es muy fácil ver en este Hércules el incontestable poder de la ciencia del Egipto que así dominaba el sur como el norte del mundo antiguo.

Con que Hóro vino á España y se dejó ver la primera vez delante de Cádiz. La mala conciencia (dice el mitólogo), la maldad acobardaban, espantaban, aturdían á los *geriones*. Hércules, conociendo cuan terrible es que padezcan los hombres buenos por los malos, propuso que todos los guerreros de la una y de la otra parte permaneciesen tranquilos, y peleasen sólo los asesinos de Osiris. Tres bárbaros que aceptaron la lucha de esta manera fueron hechos pedazos por Hércules y enterrados en la Isla de Eritria (Cádiz).

En un punto Hércules echó mano á las rocas del Estrecho gaditano, y colocó en él dos bloques enormes en memoria eternas de tales hazañas; las Columnas tan celebradas del plus últra; y dió la vuelta á su patria dejando por gobernador de España á Hispalis; mas claro, al poder de la sabiduría de los griegos.

Al ver un mito, una tradicion tan hermosa como ésta; asunto el más magnífico para una epopeya española, no podemos menos de deplorar que los historiadores de nuestra patria hayan despreciado de tal modo tan preciosos datos, que ni siquiera se han tomado el trabajo de pensar en ellos sólo un instante. Pero, nos parece necesario advertir aquí, que no debe en adelante hablarse de los primeros tiempos de la España sin colocar en ellos la invasion hebréa y luego la egipcia.

Muchas ciencias; la agricultura, por ejemplo, lo están aunque nocturnamente manifestando. No son, no, de los árabes sólo los elementos de nuestra agricultura, mejor son de Sesostris que de Mahoma. Y cuando los fenicios vinieron á nuestro país encontraron en él una civilización que supo admirar y comprar los preciosos productos del Oriente. Y es verdaderamente incomprensible como se está enseñando todavía que los cartagineses vinieron á España por medio del engaño y de la traición, cuando no hicieron otra cosa sino ofrecer las ricas maderas del Libano, la púrpura de Tiro, la ediería de la India y la invención del cristal.

Hércules es la personificación del poder de la sabiduría egipcia, que llegó á nuestra patria venciendo el obstáculo que ofrecía la ignorancia de los rústicos habitantes de la Ibérica. Las colonias hebréas, egipcias, griegas y romanas son toda la historia antigua; y el Egipto por su posición geográfica, por sus perpetuas relaciones con el Oriente, por su carácter, el primer punto de partida después del Paraíso.

Emprendiendo la ruta de este modo la mitología, acompañada del sagrado Génesis, va enseñando y mostrando con la mas galante llaneza la historia de nuestra raza, escrita en bellísimas fábulas aparentes, tesoro inmenso de sabiduría para el buen crítico que quiere y sabe aprovecharse de ellas.

SECCION 4.ª

VARIEDADES.

Solucion de la charada del número anterior.

Qui—jo—te.

CHARADA.

1.ª y 4.ª

Es lo que hago cuando me preguntan acerca de la mayor parte de las cosas que pasan. Lo peor de los pies: el mayor defecto que puede tener el corazón.

3.ª y 1.ª

Una cosa que parece plata y no es plata; oro y no es oro; mucho y no es nada. Una hembra sin pizca de formalidad.

3.ª y 2.ª

Cosa que debe llevar buena siempre el hombre: cosa que hace el ojo y no vé.

4.ª y 2.ª

Lo primero y lo último que hace el hombre: lo que no debe hacer el ojo sino muy á tiempo; y nunca á deshora.

1.ª y 2.ª

La cosa que más cuesta: lo que más y mejor sabe volver el hombre.

3.ª, 1.ª y 2.ª

Lo que más me cuesta educar en el mundo, porque soy muy franco.

EL TODO.

Lo que mejor sabe armar la sociedad: un instrumento de música:

Respuestas á preguntas de este periódico.

Un calendario natural es el que tienen los pueblos salvajes. (Véase nuestro folio 16). La inclinación de los árboles señala el

mediodía: la corteza negra y llena de musgo el aire llovedor dominante. El poner del sol manifiesta el día siguiente: el correr de los pájaros por los troncos la lluvia; la tormenta indican el color del agua, el grito del caimán, el descenso de las aves, la salida de los reptiles. El estado de la vegetación de las plantas mas vulgares, la estación: la sombra mas larga de un palo el día mas corto y vice-versa. Las diversas especies de las plantas, los países. Los pescados que viven fuera del mar dicen la marea, y, por lo tanto, el estado de la luna: las estrellas y planetas el día y la hora. El canto de las aves es una especie de reloj. La mayor ó menor duración del humo y del vapor, el estado seco ó húmedo del aire; el cabello la humedad.

Todo hombre debe ser observador de su país, y conocer la causa de los fenómenos que en él ocurren.

¿Cuál es la filosofía de la palabra límite?

— La más grande, la mas profunda que existe en el mundo. Toda la ciencia, toda la sabiduría consiste en esto: «Saber el límite de las cosas». No hay más que un error en el mundo: «La extralimitación». Consecuencia de esto es este axioma venerable: «Toda doctrina ilimitada es falsa: ilimitado no hay nada sino el poder del Criador: la Divinidad».

Así; siempre que os propongan una doctrina sin límite, desechadla, porque evidentemente es mentira. La sabiduría es la prudencia. Ahora bien. ¿Cuáles son los límites de la filosofía? Los que dió el Cielo. La filosofía comienza en el decálogo y acaba en la caridad.

¿En qué consiste que han sido condenadas muchísimas de las teorías modernas? En que se han enunciado sin límite alguno. Y aquí tenéis explicado este acontecimiento, que está devanando las cabezas de muchos hombres pensadores: éste es el secreto de tantas cosas como se ven y no se comprenden á la primera vista. El racionalismo filosófico absoluto, desentendiéndose del saludable axioma que acabamos de escribir, se ha quitado la vida: la escuela que pide amplia y completa expansión se engaña á sí misma, y no podrá realizar jamás sus teorías, porque lucha contra la naturaleza. Los que impiden el natural y absolutamente necesario desarrollo de la inteligencia dentro de sus justos límites que dan inmenso, incalculable espacio al genio y al talento, son los mayores ignorantes del universo.

¿Cuál es la definición de la verdad?

— El Supremo Hacedor crió y rige al orbe; pero con arreglo á leyes justas. El mundo físico tiene leyes; y el intelectual y el moral. Conocer esas leyes es dár con la verdad: observarlas es ser bueno. Esto requiere incalculable estudio: los abogados de la ignorancia son los hombres mas contrarios de la verdad.

Preguntas al que quiera responder.

— ¿Cómo levantaremos de su decaimiento á nuestra industria?

— ¿Qué mal encierra nuestro sistema de ferro-carriles?

— ¿Por qué el actual papel de la Prusia es el congreso de las naciones?

— ¿Cuál es el actual estado de la navegación aereostática?

— ¿Cuál es el mejor sistema de educación?

— ¿Cuál es el mayor mal que padece la España en lo que hace á sus intereses materiales?

Cénro de suscripciones en Madrid: la casa del Sr. D. Leocadio Lopez, calle del Carmen, núm. 29.

Los Señores del comercio de libros y particulares que deseen números de este periódico dirigirán sus pedidos á la Redacción, Avellanos, —3-2.º— Burgos, librando el importe.

Cénro de suscripciones en Burgos, la casa del Sr. D. Timoteo Arnaiz, plaza del Mercado, núm. 17.

REDACCION—BURGOS—Calle de los Avellanos, núm. 3-2.º

DIRECTOR Y EDITOR D. José Martínez Rives.

BURGOS: IMPRENTA DE D. T. ARNAIZ, Plaza del Mercado, n.º 17.